

Nº Prot. 119
HOMILÍA CATEQUÉTICA

para la apertura de la Santa y Gran Cuaresma

+ BARTOLOMÉ

Por la misericordia de Dios Arzobispo de
Constantinopla-Nueva Roma
y Patriarca Ecuménico
A la plenitud de la Iglesia
la gracia y la paz de nuestro Señor y Salvador
Jesucristo, y de nuestra parte oración,
bendiciones y perdón.

Honorabilísimos hermanos Jerarcas y benditos
hijos en el Señor:

Llenos de sagrada emoción, entramos una vez
más por la benevolencia de Dios en la Santa y
Gran Cuaresma, la arena de la lucha ascética,
tiempo de ayuno y arrepentimiento, de
humildad y oración, de vigilancia espiritual y
amor, con los ojos de nuestro corazón dirigidos
a la Cruz vivificante del Señor, que nos guía a
todos a la Santa Pascua abriéndole las puertas
del Paraíso a la raza humana.

Este bendito período que se abre ahora ante
nosotros constituye una oportunidad para
abrazar una vez más la verdad del ascetismo
según Cristo y su inseparable asociación con la
realización eucarística de la Iglesia, cuya
misma expresión y dimensión son iluminadas
por la luz y el gozo de la Resurrección. El
espíritu de ascetismo no es un elemento
extraño introducido en la fe cristiana ni
resultado de la influencia de ideologías
dualistas externas a la Iglesia. El ascetismo es
otra forma de definir la existencia cristiana,
pues la conecta con la confianza absoluta en la
Divina Providencia, con la inagotable alegría
espiritual de una vida dedicada a Cristo, con la
trascendencia y la donación de uno mismo, con
el amor caritativo y el respeto a toda la
creación.

El ascetismo no es cuestión de decisiones
voluntarias y particularidades subjetivas, sino
de sumisión a la regla y a la “experiencia
católica” de la Iglesia. Ha sido descrito como
un acto “eclesial” más que “individual”. La

vida en la Iglesia es indivisible. El
arrepentimiento, la oración, la humildad, el
perdón, el ayuno y las obras filantrópicas están
interconectados y entrelazados. En la tradición
ortodoxa, el ascetismo no es un fin en sí
mismo, pues eso solo conduce a una
sobreestima del esfuerzo individual y alimenta
la tendencia a la justificación propia.

La Gran Cuaresma es el momento adecuado
para experimentar la Iglesia como lugar y modo
en que se revelan los dones de la gracia divina,
siempre como anticipo del gozo de la
Resurrección del Señor, piedra angular de
nuestra fe y horizonte radiante de “la
esperanza que hay en nosotros”. Por
inspiración divina la Iglesia honra el Sábado de
los Lácteos la sagrada memoria de hombres y
mujeres santos que brillaron en el ascetismo,
pues son el apoyo y los compañeros de viaje
de los fieles en esta larga carrera. En la arena
de la lucha espiritual contamos con la
benevolencia del Dios Uno y Trino que está
con nosotros, con la protección de la Santísima
Madre de Dios y Madre de todos nosotros y
con las intercesiones los santos y mártires de
la fe.

El sano ascetismo cristiano es participación del
ser humano en su plenitud (como unión de
espíritu, alma y cuerpo) en la vida en Cristo, sin
minusvalorar la materia y el cuerpo y sin una
reducción maniquea de la espiritualidad. Tal y
como se ha escrito, el ascetismo cristiano es
en última instancia una lucha, “no contra el
cuerpo, sino a su favor”; tal y como afirma el
Geronticón: “Se nos ha enseñado a no destruir
el cuerpo, sino las pasiones”.

Desafortunadamente -y de una manera
injusta-, el ascetismo cristiano ha sido tachado
por algunos pensadores contemporáneos de
ser una negación del disfrute de la vida y una
restricción de la creatividad humana. ¡Nada
más lejos de la realidad! El ascetismo es la
fuente y la expresión de la verdadera libertad,
pues nos libera de lo material, del apego a la
posesión de las cosas y especialmente del
ego, de la “búsqueda de uno mismo” y de la
“posesión de nuestro ser”.

¿Qué puede ser más verdadero que el éxodo
de la cautividad del “derecho individual”, la



apertura y el amor a nuestro prójimo, el “buen cambio” interior y la firmeza en el cumplimiento de los mandamientos de Dios? ¿Qué puede ser más creativo que el ayuno concebido como actitud integral de vida y expresión del espíritu ascético y eucarístico de la Iglesia, como “lucha común” y no “hazaña individual”? ¿Qué puede ser más sorprendente desde el punto de vista existencial que el arrepentimiento y la conversión interna como dirección vital hacia la verdad y hacia un descubrimiento renovado del poder de la Gracia divina, de la profundidad de la vida en Cristo y de la esperanza de la vida eterna?

Es verdaderamente impresionante que, cuando el carácter cristiano primigenio de la Santa y Gran Cuaresma como período de preparación para el Santo Bautismo en la Divina Liturgia de la Resurrección fue sustituido por el “ethos” de arrepentimiento, siempre persistió su experiencia como un “segundo bautismo”. Por este motivo, el período de ayuno y arrepentimiento no tiene un carácter sombrío. Nuestra himnodia habla de la “primavera del ayuno”, y la teología llama a la Gran Cuaresma “primavera espiritual” y “período de gozo y luz”. Todo esto adquiere una atemporalidad y un significado especial frente a la confusión antropológica de nuestro tiempo y las nuevas enajenaciones arraigadas en la civilización contemporánea.

Con estos sentimientos y pensamientos, y recordando a todos los hijos de la Santa y Gran Iglesia de Cristo del mundo entero que el Sábado del Himno Acatisto se culminarán las celebraciones del 1.400 aniversario de aquel día del año 626 en que, como forma de agradecimiento a la Theotokos por haber librado a Constantinopla de un peligroso asedio, se cantó el Himno Acatisto en la sagrada Iglesia de las Blanquernas, os deseamos a todos un período tranquilo de ayuno con ascetismo y paciencia, con agradecimiento y doxología.

Que todos nosotros, expresando la verdad con amor y santificados en el Señor, transitemos este camino hacia la plenitud del gozo en su radiante Resurrección.

+ BARTOLOMÉ de Constantinopla

Fervoroso suplicante por vosotros ante Dios